



Francisco Brines

Poesía 1960-1981

colección Visor de poesía

El dualismo antagónico en que se debate la poesía de Francisco Brines (Oliva, 1932) parece teóricamente expresado en la delimitación de sus preferencias: «Estimo particularmente, como poeta y lector, aquella poesía que se ejercita con afán de conocimiento, y aquella que hace revivir la pasión de la vida. La primera nos hace más lúcidos, la segunda más intensos». Porque conocimiento y vida no son, en su obra, dos modalidades poéticas, sino una fusionada y dramática oposición de contrarios, en donde conocimiento es llegar al fondo de la inanidad del ser –fugacidad, inestabilidad, degradación..., en el absurdo y el misterio de un ser creado para la muerte– y vida es belleza, amor, goce y plenitud.

*A mis padres,
vivir fue amar.*

ENSAYO DE UNA DESPEDIDA

NOTA PRELIMINAR

Al reunir por vez primera, en 1974, todos mis libros hasta entonces publicados, di a la obra poética conjunta el título de *Ensayo de una despedida*. Con esta misma denominación reedito ahora aquel volumen, añadiendo *Insistencias en Luzbel*, libro publicado en 1977.

El lector que compare las dos ediciones notará algunas diferencias, si bien de poca relevancia. Las más importantes se deben a los cambios efectuados en algunos títulos de poemas: diecisiete de ellos en *Palabras a la oscuridad*, y cinco en *Aún no*. Además de la ineludible corrección de erratas, que con mucha probabilidad serán ahora sustituidas por otras, los cambios son leves y escasos. Olvidándome de las mínimas exigencias de autocrítica tan sólo he suprimido un poema de *Palabras a la oscuridad*; por ello vengo obligado a excusarme ante los lectores.

LAS BRASAS
1960

A José Olivio Jiménez

*Alguien ve siempre
una muchedumbre de pequeñas brasas*

HABRÁ que cerrar la boca
y el corazón olvidarlo.
Dejarlo sin luz, sin aire,
como un hombre encarcelado,
y habrá que callarlo todo
lo que nos pueda hacer daño.
Cuando se caigan los muros
tendrá su rostro afilado,
y una dureza de piedra
encadenándole el canto.
Si respira dolerá,
dolerá tocar sus manos
eternas y solitarias,
y nadie podrá abrazarlo.
Que se habrá quedado seco
como un árbol por el rayo,
que será una cordillera
de espinos, de pinchos bravos,
y no habrá una sola fuente
que corra por su barranco.
Su corazón será un cráter
apagado, que sin llanto,
que sin llanto.

POEMAS DE LA VIDA VIEJA

El hombre sabía que le quedaba muy poco tiempo y que sin fe su muerte no daría frutos.

EL balcón da al jardín. Las tapias bajas
y gratas. Entornada la gran verja.
Entra un hombre sin luz y va pisando
los matorrales de jazmín, le gimen
los pies, no mira nada. Qué septiembre
cubre la tierra, lentos nardos suben,
y suben las palomas con las alas
el aire, el sol, y el mar descansa cerca.
El viento ya no quema. Riegan lentos
los pasos que da el agua, las celindas
todas se entregan. Los insectos se alzan
a vivir por las hojas. En el pecho
le descansan las barbas, sigue andando
sin luz. Todo lo deja muerto, negras
aves del cielo, caedizas hojas,
y cortada en el hielo queda el agua.
El jardín está mísero, y habita
ya la ausencia como si se tratase
de un corazón, y era una tierra verde.
Cruza la diminuta puerta. Llegan
del campo aullidos, y una sombra fría
penetra en el balcón y es un aliento
de muerte poderoso. Es la casa
que se empieza a caer, húmeda y sola.

LA sombra de la tierra va creciendo,
sube los aires, y la noche queda
sobre el alto tejado de la casa.
Se ensombrece el naranjo, y azahares
huelen por el desván, pesan los muros
y el hombre que la habita se detiene
para pensar vanos recuerdos. Oye
cómo riegan los nardos, su jardín
ve que se vuelca por las tapias bajas,
limoneros doblando los caminos.
Vuelven las estaciones del destierro,
y dormita el sillón, y los papeles
sin resplandor sobre la mesa vieja.
Es la hora de otoño de este día,
la hora de la luz en las ventanas
desde el camino de las piedras, hombre
que siente ya madura su cabeza,
destruido el cabello y el cansancio.
Meditación inútil, cuando pronto
dejará de vivir en esta casa
y olvidarán su nombre, cuando piensa
que nada le ha quedado de la vida.

ESTÁ en penumbra el cuarto, lo ha invadido
la inclinación del sol, las luces rojas
que en el cristal cambian el huerto, y alguien
que es un bulto de sombra está sentado.
Sobre la mesa los cartones muestran
retratos de ciudad, mojados bosques
de helechos, infinitas playas, rotas
columnas: cuantas cosas, como un puerto,
le estremecieron de muchacho. Antes
se tendía en la alfombra largo tiempo,
y conquistaba la aventura. Nada
queda de aquel fervor, y en el presente
no vive la esperanza. Va pasando
con lentitud las hojas. Este rito
de desmontar el tiempo cada día
le da sabia mirada, la costumbre
de señalar personas conocidas
para que le acompañen. Y retornan
aquellas viejas vidas, los amigos
más jóvenes y amados, cierta muerta
mujer, y los parientes. No repite
los hechos como fueron, de otro modo
los piensa, más felices, y el paisaje
se puebla de una historia casi nueva
(y es doloroso ver que, aun con engaño,
hay un mismo final de desaliento).
Recuerda una ciudad, de altas paredes,
donde millones de hombres viven juntos
desconocidos, solitarios; sabe
que una mirada allí es como un beso.
Mas él ama una isla, la repasa
cada noche al dormir, y en ella sueña
mucho, sus fatigados miembros ceden

fuerte dolor cuando apaga los ojos.
Un día partirá del viejo pueblo
y en un extraño buque, sin pesar,
navegará. Sin emoción la casa
se abandona, ya los rincones húmedos
con la flor del verdín, mustias las vides;
los libros, amarillos. Nunca nadie
sabrà cuándo murió, la cerradura
se irá cubriendo de un lejano polvo.

A Ricardo Defarges

CON los ojos abiertos alza el cuello
para ladrar, y en la espesura vasta
de los campos la voz se ha repetido.
Es la presencia de un ser solo, y algo
se viene a tierra, y es el aire oscuro
quien ha caído en tierra con dolor.
Su gemido no llega a las estrellas
altas, ni a los perdidos trenes, busca
penetrar en las casas. Alguien oye
que la vida se va, y acobardado
late su corazón enfermo. Nadie
vive con él, y escucha. Ya acabada
la cena, se ha asomado al cristal. Mira,
desde sus ojos tristes, el oscuro
mundo de fuera, las estrellas suaves.
Siente que un cálido estertor le sube
y el pecho se le quema, que sus ojos
no adivinan las formas que allí, vivas,
alientan. Él podría, con gran fuerza,
también gritar, salir al campo frío
y liberarse del dolor. Repasa
su mano por el pelo blanco, siente
que el tiempo ha sido duro, su fracaso
lo juzga con templanza, no se agita
su pecho. Y él espera que enmudezca
la voz para subir, quedar dormido.

EL visitante me abrazó, de nuevo
era la juventud que regresaba,
y se sentó conmigo. Un cansancio
venía de su boca, sus cabellos
traían polvo del camino, débil
luz en los ojos. Se contaba a sí mismo
las tristes cosas de su vida, casi
se repetía en él mi pobre vida.
Arropado en las sombras lo miraba.
La tarde abandonó la sala quieta
cuando partió. Me dije que fue grato
vivir con él (la juventud ya lejos),
que era una fiesta de alegría. Solo
volví a quedar cuando dejó la casa.

Vela el sillón la luna, y en la sala
se ven brillar los astros. Es un hombre
cansado de esperar, que tiene viejo
su torpe corazón, y que a los ojos
no le suben las lágrimas que siente.